



1

Por el agujero

Una tarde, Alicia se sentó al lado de su hermana, a la orilla de un río.

La hermana leía y Alicia miró el libro.

No tenía ni dibujos ni diálogos.

«¿De qué sirve un libro, sin dibujos ni diálogos?», pensó Alicia.

Estaba aburrida y el calor del día le daba sueño.

De repente, un Conejo Blanco de ojos rosados pasó corriendo a su lado.

A Alicia le pareció natural que el Conejo dijera:

—¡Mecachis, voy a llegar muy tarde!

Una **madriguera** es el agujero que hacen en el suelo los conejos y otros animales para esconderse.

El Conejo sacó un reloj del bolsillo del chaleco y lo miró. Después continuó corriendo por el campo. ¡Eso sí que le pareció extraño a Alicia!

Nunca había visto a un conejo con chaleco y reloj. Se levantó de un salto y le siguió, también corriendo. Alicia vio cómo el Conejo

se metía en una gran **madriguera**, así que fue detrás de él sin pensar cómo saldría de allí.

Al principio, la madriguera era recta como un túnel. Pero, después, se hundía repentinamente y Alicia cayó por el agujero.

Le parecía que aquel agujero era muy profundo y que ella caía muy despacio.

A pesar de que estaba oscuro, Alicia veía a los lados cuadros colgados, armarios y estantes con libros.

Abajo, abajo, abajo. ¿No se acabaría nunca la caída? Mientras caía, Alicia se dijo en voz alta:

—Después de una caída como esta, caer por las escaleras no será nada.

¡En casa me dirán que soy muy valiente!

Seguro que estoy cerca del centro de la Tierra.

Eso quiere decir que he bajado más de 6.000 kilómetros.

¡A lo mejor llegaré al otro lado del planeta!

Será divertido ir a un sitio
donde las personas caminen cabeza abajo.
Creo que se llama Las Antipáticas.

Alicia había aprendido muchas cosas en el colegio.
Pero se alegró de que nadie la escuchase
porque le parecía que la última palabra que había
dicho no era correcta.

—Tendré que preguntar a alguien qué país
está en las Antipáticas.

—continuó Alicia—. ¿Nueva Zelanda o Australia?
Pero si lo pregunto, parecerá que soy una niña
ignorante.

Es mejor que no lo pregunte.

Tal vez lo verá escrito en algún lado.

Abajo, abajo, abajo. Como no podía hacer nada más,
Alicia volvió a hablar:

—Dina me echará de menos esta noche.

Espero que se acuerden de darle un cuenco de leche.

Dina era su gata.

—¡Dina, preciosa! Me gustaría que estuvieses aquí
abajo conmigo

—dijo Alicia. Y se quedó medio dormida.

Le parecía que ella y Dina iban cogidas de la mano.
Ella le preguntaba si los gatos comían murciélagos.
En el aire del agujero por el que caía
no había ratones, que es lo que comen los gatos.
Pero seguramente había murciélagos.

De repente, ¡pataplaf! Alicia cayó
sobre un montón de ramas y hojas secas.
La caída por la madriguera se había acabado.